

Estado de sobrevuelo de Salvador Gallardo Cabrera

Gabriel Bernal Granados

RESIDUAL

Como indica su título, *Estado de sobrevuelo* (Bonobos-CONACULTA/FONCA, 2008) de Salvador Gallardo Cabrera es un libro de transición. En este sentido, no es un libro que proponga o manifieste una estética de la quietud sino de su contrario, el movimiento. Sin embargo, el movimiento que se perfila con nitidez en los poemas de Salvador Gallardo no es el movimiento correspondiente a un desplazamiento de los cuerpos o de los objetos que informan la materia de su discurso. El movimiento de sus poemas es aquel que establece los ritmos de una ruptura. Ruptura de huesos o ruptura de cristales. Rupturas sonoras y rupturas de sintaxis y sentido, con el afán paradójico de generar sentido.

Contrario a la corriente en boga del barroco en la poesía latinoamericana, Salvador Gallardo tiene un modo de estructurar sus poemas a partir de dos fuentes principales: una, la emoción de quien percibe los hechos inconexos del mundo y dos, la filosofía, es decir, el corte transversal de esos mismos hechos y la posibilidad de abarcarlos con la mirada y el no-entendimiento de la poesía.

Las primeras tres partes en las que se subdivide el libro (“Tableros”, “Trazar en el desierto” y “Sublunar”) no sólo aluden a la función de la fisura como método de organización del poema, sino que son las partes que acusan un mayor contenido romántico o lírico en relación con las demás partes del libro. El sobrevuelo de Gallardo, en este sentido, es una migración: hacia la descomposición del sentimiento y del tacto y hacia la formulación de una poética de la escritura. De ahí los cortes, los silencios y una austeridad cada vez mayor

en los poemas conforme éstos se acercan a la zona de su acumulación retórica más convincente.

Antes de comentar el apartado que me parece más propositivo e interesante de todo el libro, no quiero dejar de citar una de las estrofas más logradas de todo ese conjunto anterior. Estos versos forman parte de un poema titulado, significativamente dentro del contexto en que hemos querido englobar este discurso de lo residual, “Lógica de la oxidación”:

Y es así que el mundo acabó y permanece todavía:

En el lapso cada vez mayor entre una incorporación y otra

En los razonamientos rotos cuyas orillas brillan por instantes

Desde donde sigues creyendo que lo que ves derribado son ruinas

Y no la inquebrantable confusión de otra justicia

(Nuevamente, es la reverberación de la idea lo que redime al poema de la materia propia de todo lenguaje —el desgaste y el lugar común. El último verso parece una prueba incontestable de la vigencia de la poesía en una latitud como la nuestra).

CAJAS

La última sección del libro se titula “5 cajas para una instalación”. Los cinco poemas que la constituyen son precisamente eso, una negación física de lo que conocemos como un poema: un hecho de palabras, en efecto, pero un hecho de palabras entendido como un vehículo de la emoción. Emoción o estado metafísico —lo único

cierto es que, desde los románticos hasta las vanguardias en Europa, el significado de lo poético es algo que se ha mantenido en la ambigüedad de las sombras. Salvador Gallardo, con sus cajas duchampianas, ha querido proponer un esguince dentro de esta concepción del poema entendido como algo naturalmente abstracto e inefable, y ha adelantado una forma acumulativa de descentrar la emoción y cargar al poema de un contenido unívoco: objetos. Objetos que forman parte de un horizonte cotidiano y sin otra connotación más allá de su estatuto de objetos. Pero la enumeración de los “objetos” que contienen estas cajas es una enumeración distendida por trazas o signos de lenguaje: diagonales, cursivas, guiones, números, iniciales, neologismos y, en suma, accidentes gráficos que van distribuyendo los objetos sobre el plano horizontal ficticio en el cual se ha desplegado la caja (imaginemos que las tres dimensiones de la caja desaparecen en el momento en que abatimos las cuatro paredes de cartón de este instrumento y las disponemos sobre un suelo ficticio). La presencia de estas “marcas” o incisiones nos sugiere que detrás de todo esto existe un objeto más bien puro y reflexivo: la caja es en realidad una entidad abstracta hecha de palabras, y las huellas de los objetos distribuidos en la página son las “marcas de un orden mayor” (“Caja # 2”). Un orden que engloba y establece el sentido de todo lo que queda.

La caja deviene, por tanto, en un símbolo de lo pretendido por Salvador Gallardo en este volumen de poemas: una acumulación de palabras, dispuestas engañosamente al azar, para completar el mapa de una migración de lo poético a lo simplemente vivo. ▣